

El diablito de la botella

El herrero Miseria

R. L. STEVENSON | R. GÜIRALDES

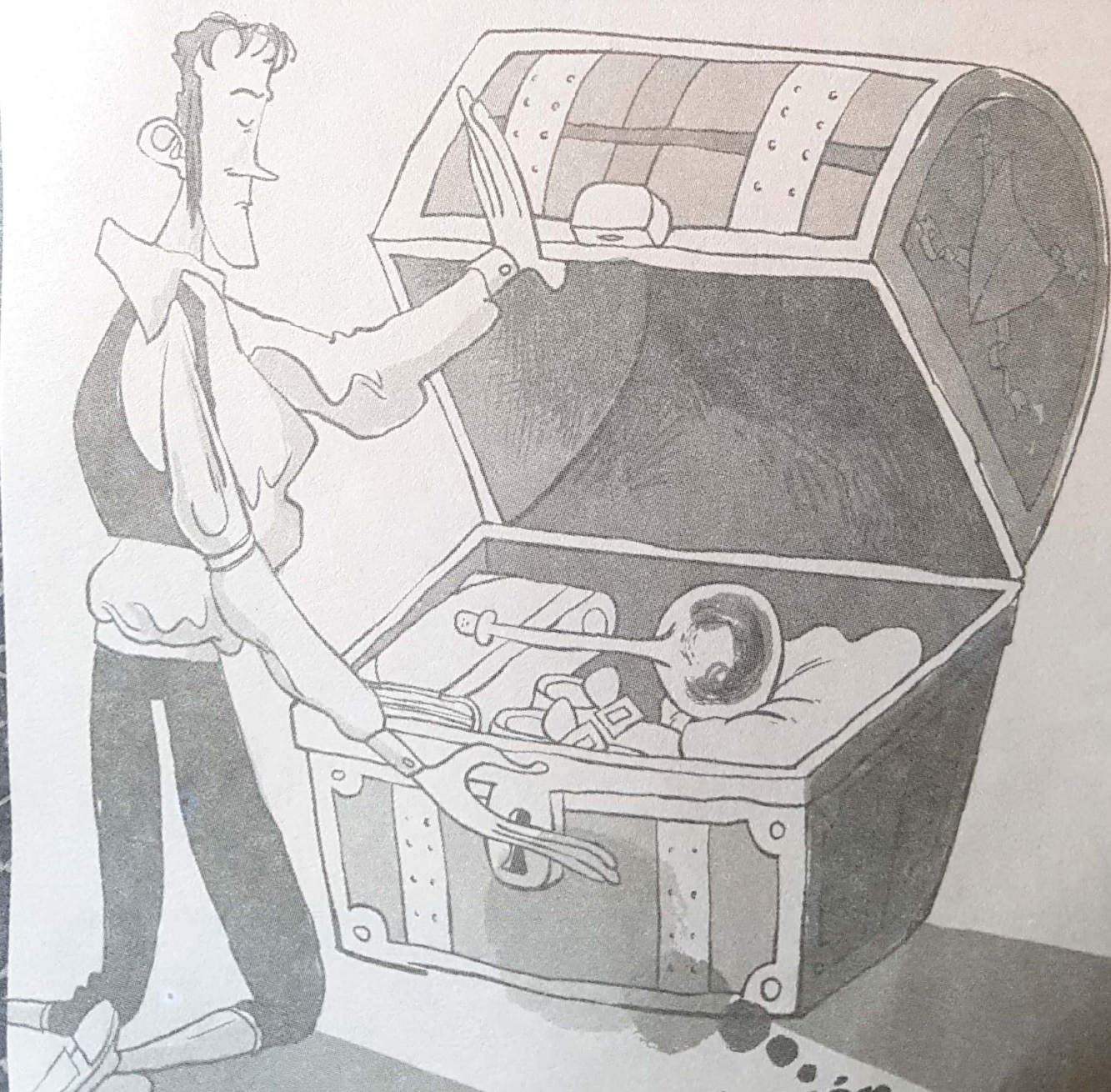
La estación

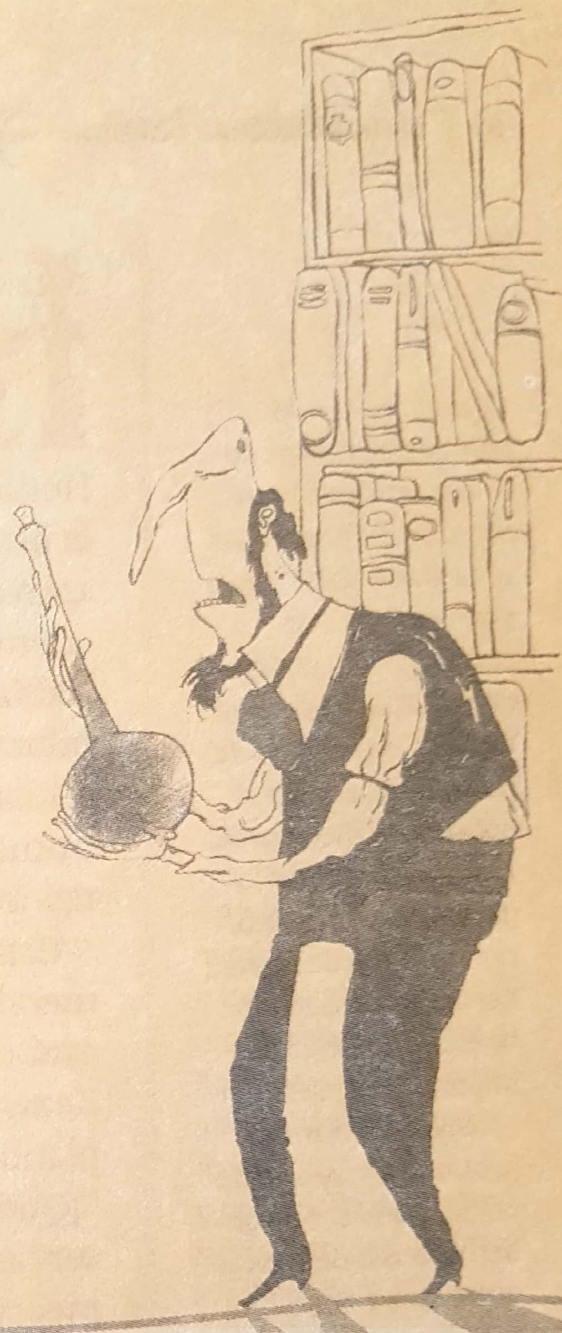


El diablito de la botella

El herrero Miseria

R. L. Stevenson / R. Güiraldes





El diablito de la botella



Traducción: Pablo Usabiaga
Título original en inglés: *The Bottle Imp*

1 Hawái es la más grande de las islas de origen volcánico que componen, junto a las islas Maui, Kauai y otras de menor tamaño, el archipiélago polinesio (también llamado *archipiélago de Hawái*), situado en el océano Pacífico norte.

2 Honaunau es un lugar sagrado en el interior de la isla de Hawái, donde descansan los huesos de veintitrés importantes jefes.

3 Keawe el Grande fue un rey muy amado por su pueblo, que gobernó la isla de Hawái entre 1545 y 1575.

4 El distrito de Hamakua se encuentra sobre la costa noreste de la isla de Hawái.

5 San Francisco es una importante ciudad costera del suroeste de Estados Unidos, perteneciente al estado de California. Está ubicada sobre el océano Pacífico.

6 Un arrecife es un banco formado en el mar por piedras, puntas de roca o corales, casi al nivel de la superficie.

Había un hombre en la isla de Hawái,¹ a quien llamaré Keawe, porque la verdad es que todavía vive y su nombre debe mantenerse en secreto; pero su lugar de nacimiento no quedaba lejos de Honaunau,² donde los huesos de Keawe el Grande³ yacen ocultos en una cueva. Este hombre era pobre, valiente y activo; sabía leer y escribir como un maestro de escuela; además, era un marinero de primera: durante un tiempo había navegado en los barcos de vapor de la isla y había pilotado un ballenero en la costa de Hamakua.⁴ Al final, a Keawe se le cruzó por la mente la idea de ver el gran mundo y las ciudades extranjeras, y se embarcó en un navío que se dirigía a San Francisco.⁵

Esta es una bonita ciudad, con un bonito puerto e innumerables personas ricas, y hay una colina en particular que está tapizada de palacios. Por esa colina estaba paseando Keawe un día, con el bolsillo repleto de dinero, contemplando con placer las grandes casas a izquierda y derecha. “¡Qué casas magníficas!”, pensaba, “¡y qué felices deben ser las personas que las habitan, y que seguramente no se preocupan por lo que les deparará el mañana!”. Tenía en su mente estos pensamientos cuando llegó hasta donde había una casa más pequeña que las otras, pero llena de terminaciones y detalles hermosos, como si fuera de juguete. Los escalones de la entrada brillaban como la plata, los canteros del jardín florecían como guirnaldas y las ventanas eran resplandecientes como el diamante. Keawe se detuvo y se maravilló ante el esplendor de todo lo que veía. Al detenerse, advirtió a un hombre que lo miraba a través de una ventana tan límpida que Keawe podía verlo a través de ella como se ve a un pez bajo el agua calma desde un arrecife.⁶ Era un hombre entrado en años, con la cabeza calva y una barba negra. Tenía el rostro cargado de pesadumbre y suspiraba con amargura. Y la verdad del asunto es que, mientras Keawe miraba hacia adentro al hombre y el hombre miraba hacia afuera a Keawe, ambos se envidiaban mutuamente.

De repente, el hombre sonrió, le hizo señas a Keawe para que entrara, y lo recibió en la puerta.

—Esta casa que tengo es bonita —dijo el hombre, y suspiró con tristeza—. ¿Le gustaría dar una mirada a las habitaciones?

Así fue como guió a Keawe por toda la casa, desde el sótano hasta el techo. No había nada que no fuera a su manera perfecto, y Keawe se quedó pasmado.⁷

—Verdaderamente —dijo Keawe— es una casa hermosa. Si yo viviera en una casa así, me pasaría todo el día riendo. ¿Cómo puede ser, entonces, que usted esté suspirando?

—No hay ninguna razón —dijo el hombre— por la que usted no pueda tener una casa similar a esta en todos los detalles, y hasta más bonita, si lo desea. Supongo que usted tiene bastante dinero, ¿no?

—Tengo cincuenta dólares —dijo Keawe—. Pero una casa como esta debe costar más de cincuenta dólares.

El hombre hizo un cálculo.

—Lamento que no tenga más —dijo—, porque eso podría acarrearle problemas en el futuro; pero será suya por cincuenta dólares.

—¿La casa? —preguntó Keawe.

—No, la casa no —replicó el hombre—, sino la botella. Pues debo decirle que, aunque yo le parezca tan rico y afortunado, toda mi fortuna y esta misma casa con su jardín salieron de una botella de apenas un poco más de una pinta.⁸ Aquí está.

Abrió un armario cerrado con llave y extrajo una botella de panza redonda con el cuello alargado. El vidrio era blanco como la leche, con cambiantes destellos de colores tornasolados.⁹ Dentro, algo se movía confusamente, como una sombra y un fuego.

—Esta es la botella —dijo el hombre; y ante la risa de Keawe, agregó—: ¿No me cree? Inténtelo, entonces, usted mismo. Fíjese a ver si puede romperla.

Entonces Keawe tomó la botella y la sacudió contra el

⁷ Aquí, **pasmado** quiere decir "embozado".

⁸ Una **pinta** es una antigua medida para líquidos, que equivale aproximadamente a medio litro.

⁹ Los colores **tornasolados** cambian según el reflejo de la luz.



¹⁰ Para ejemplificar los poderes de la extraña botella, el hombre menciona a **Napoleón Bonaparte** (1769-1821), destacado militar que gobernó Francia como emperador desde 1804 hasta 1815 y conquistó gran parte del territorio europeo; sin embargo, luego de su derrota en Waterloo, pasó los últimos años de su vida exilado en una pequeña isla del océano Atlántico, donde murió.

¹¹ El navegante inglés **James Cook** (1728-1779) fue famoso por sus extensos y riesgosos viajes de exploración por el sur del océano Pacífico, Australia y la Antártida. Murió en un tiroteo causado por un robo en las islas de Hawái.

¹² Aquí se hace referencia a la **condenación eterna**, es decir –según algunas religiones–, el castigo que consistiría en sufrir para siempre en el infierno, después de la muerte.

piso hasta quedar agotado, pero la botella rebotaba como la pelota de un niño y no le pasaba nada.

–Esto sí que es extraño –dijo Keawe–. Porque al tacto, así como por lo que se ve, la botella es de vidrio.

–De vidrio es –replicó el hombre, suspirando con más pesar que nunca–, pero un vidrio que fue templado en las llamas del infierno. En su interior habita un diablito, y eso que contemplamos ahí moviéndose es su sombra... o al menos es lo que yo creo. Si un hombre compra esta botella, el diablito queda a sus órdenes: todo lo que el comprador desee (amor, fama, dinero, casas como esta casa, sí señor, o una ciudad como esta ciudad), todo ello será suyo no bien declare que lo desea. Napoleón¹⁰ tuvo esta botella, y gracias a ella llegó a ser el rey del mundo; pero al final la vendió y cayó en desgracia. El capitán Cook¹¹ tuvo esta botella, y gracias a ella se abrió camino hacia muchas islas; pero él también la vendió y lo mataron en Hawái. Pues una vez que se vende, desaparecen el poder y la protección, y a menos que un hombre se quede satisfecho con lo que tiene, los males caerán sobre él:

–¿Y aun así usted habla de venderla? –preguntó Keawe.

–Yo tengo todo lo que deseo... y me estoy poniendo viejo –respondió el hombre–. Hay una cosa que el diablito no puede hacer: no puede prolongar la vida. Y no sería justo que yo le ocultara a usted que la botella tiene una desventaja, ya que si un hombre muere antes de venderla, deberá arder para siempre en el infierno.

–Sin temor a equivocarme, le diré que por cierto eso es una desventaja –exclamó Keawe–. Yo no metería las manos en este asunto. Me las puedo arreglar sin una casa, gracias a Dios; pero hay una cosa en particular con la que no me las podría arreglar, y esa cosa es mi condenación.¹²

–Santo cielo, no debería usted hacerse una idea apresurada –repuso el hombre–. Todo lo que tiene que hacer es utilizar el poder del diablito con moderación para luego vendérsela a otra persona, como estoy haciendo yo con usted, y terminar su vida en la abundancia.



–Bueno, voy a hacer dos observaciones –dijo Keawe–. La primera es que usted se la pasa suspirando todo el tiempo como una doncella enamorada. Y en cuanto a la otra... está vendiendo la botella muy barato.

–Ya le he dicho por qué suspiro –dijo el hombre–. Es porque me temo que mi salud se está quebrantando; y, como usted mismo dijo, morir e ir al infierno es motivo de pesadumbre para cualquiera. En cuanto a por qué la vendo tan barato, debo explicarle que la botella tiene una peculiaridad.¹³ Hace mucho tiempo, cuando el diablo la trajo por primera vez sobre la tierra, era extremadamente cara, y el primero de todos a quien fue vendida fue al Preste Juan,¹⁴ por muchos millones de dólares; pero no hay manera de poder venderla, a menos que sea perdiendo dinero. Si usted la vende por lo mismo que pagó por ella o por más, regresa a usted otra vez, como una paloma mensajera. Por lo tanto, el precio ha venido bajando en el transcurso de estos siglos y ahora la botella es notablemente barata. Yo mismo se la compré a uno de mis acaudalados¹⁵ vecinos de esta colina, y el precio que pagué fue de apenas noventa dólares. Podría venderla a lo sumo por ochenta y nueve dólares con noventa y nueve centavos, ni una moneda más, o esta cosa regresaría forzosamente a mí. Pues bien, al respecto hay dos problemas. Primero, cuando uno ofrece una botella tan singular por ochenta y pico de dólares, la gente cree que uno está bromeando. Y segundo... pero para ello no hay apuro, y no es necesario que me explaye sobre el asunto. Solo debo recordarle que uno debe venderla por dinero contante y sonante.¹⁶

–¿Cómo puedo saber que todo esto es verdad? –preguntó Keawe.

–En parte, usted puede comprobarlo inmediatamente –respondió el hombre–. Deme sus cincuenta dólares, tome la botella y pida el deseo de que sus cincuenta dólares regresen a su bolsillo. Si eso no sucediera, yo le doy mi palabra de honor de que desharemos el trato y le devolveré su dinero.

¹³ Una **peculiaridad** es un rasgo o un detalle que caracteriza a una persona o un objeto.

¹⁴ En leyendas europeas medievales, el **Preste Juan** aparece como un rey y sacerdote cristiano que gobernaba un reino colmado de riquezas y maravillas, en algún lugar indeterminado de Asia o África.

¹⁵ Una persona **acaudalada** es alguien que tiene mucho dinero.

¹⁶ Vender algo **por dinero contante y sonante** implica que el pago debe hacerse en monedas o billetes, es decir, en efectivo.

—¿Usted no me está engañando? —dijo Keawe.

El hombre selló¹⁷ su compromiso con un gran juramento.

—Bueno, hasta allí puedo arriesgarme —continuó Keawe— porque eso no me puede perjudicar.

Y le pagó con su dinero al hombre, y el hombre le dio la botella.

—Diablito de la botella —dijo Keawe—, quiero tener otra vez mis cincuenta dólares.

Apenas había pronunciado estas palabras, y su bolsillo ya estaba tan pesado como antes.

—No cabe duda de que es una botella maravillosa —dijo Keawe.

—Y ahora, buenos días, querido amigo, ¡y que el diablo se vaya con usted en mi lugar! —dijo el hombre.

—Un momento —lo detuvo Keawe—. Ya no tengo ganas de seguir con este juego. Mire, aquí le devuelvo su botella.

—Usted me la compró por menos de lo que yo pagué por ella —replicó el hombre, frotándose las manos—. Ahora es suya. Por mi parte, mi única preocupación es que no quiero saber nada más de usted.

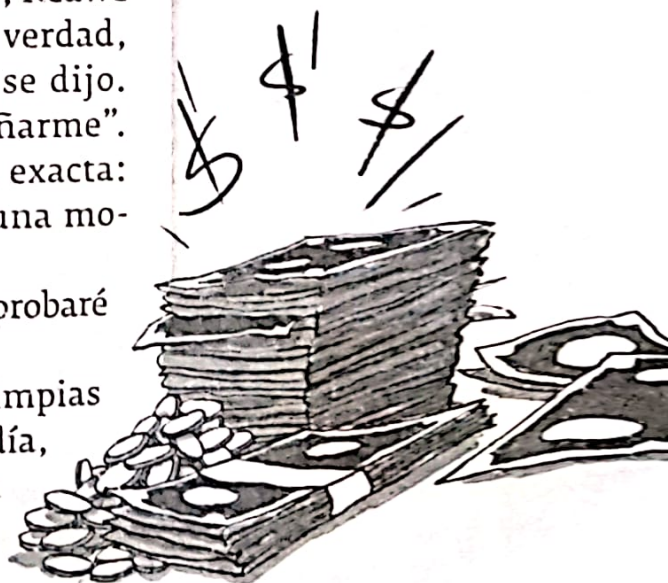
Y en el acto tocó una campanilla para llamar a su sirviente chino e hizo echar a Keawe de la casa.

Una vez en la calle, con la botella bajo el brazo, Keawe se puso a pensar: “Si todo eso de la botella es verdad, es posible que haya hecho un mal negocio”, se dijo. “Pero tal vez el hombre no hizo más que engañarme”. En primer lugar, contó su dinero; la suma era exacta: cuarenta y nueve dólares estadounidenses, y una moneda de Chile.

—Eso parece ser verdad —dijo Keawe—. Ahora comprobaré otra cosa.

Las calles de esa parte de la ciudad estaban limpias como la cubierta de un barco y, aunque era mediodía, no había transeúntes. Keawe colocó la botella en una alcantarilla y se alejó caminando. Dos veces

¹⁷ En este caso, **sellar** significa “concluir”.



miró hacia atrás, y ahí estaba la botella de color lechoso y panza redonda, en donde la había dejado. Miró hacia atrás una tercera vez y dobló en una esquina; pero apenas había hecho eso, cuando algo le golpeó el codo, y ¡vaya!, era el largo cuello de la botella que se asomaba del bolsillo de su piloto, en el que estaba bien metida la panza redonda.

–Y esto parece ser verdad –dijo Keawe.

A continuación, lo que hizo fue comprar un sacacorchos en un negocio e ir a un lugar apartado en el campo. Una vez allí, intentó quitar el corcho, pero todas las veces que enroscaba el sacacorchos, este volvía a salir, y el corcho seguía tan entero como siempre.

–Esta es alguna nueva clase de corcho –dijo Keawe, y de inmediato empezó a temblar y transpirar, porque tenía miedo de la botella.

De camino hacia el puerto, vio un negocio en el que un hombre vendía caracolas y garrotes de las islas salvajes, viejas deidades paganas,¹⁸ viejas monedas, dibujos de la China y del Japón, y todo tipo de cosas que traen los marineros en sus baúles. Y entonces tuvo una idea: entró y ofreció la botella por cien dólares. El dueño del negocio al principio se le rio en la cara, y le ofreció cinco; pero, ciertamente, era una botella curiosa:¹⁹ un vidrio así no fue soplado²⁰ jamás en ningún taller humano, con esos colores que tan hermosamente brillaban bajo el blanco lechoso, y con esa sombra que de un modo tan extraño rondaba por dentro; así que, luego de regatear²¹ un rato tal como hacen los que se dedican a ese trabajo, el comerciante le dio a Keawe sesenta dólares de plata por la cosa y la colocó en un estante en el centro de la vidriera.

–Ahora –dijo Keawe– he vendido por sesenta lo que compré por cincuenta; o, para decir la verdad, por un poquito menos, porque uno de mis dólares era de Chile. Ahora sabré la verdad acerca de otro punto.

De modo que regresó a bordo de su barco y, cuando volvió a abrir su baúl, allí estaba la botella, que había llegado más

18 El narrador, desde una visión cristiana, considera **deidades paganas** a las divinidades pertenecientes a las creencias religiosas politeístas.

19 En este caso, **curioso** significa “que provoca curiosidad”.

20 El vidrio se fabrica con arena fundida a altas temperaturas; en la elaboración artesanal, el fabricante **sopla**, a través de un caño, una burbuja del material fundido, para darle la forma que desea lograr.

21 **Regatear** es debatir el precio de algo entre el vendedor y el comprador, con el fin de llegar a un acuerdo.

rápido que él mismo. Digamos ahora que Keawe tenía un compañero a bordo, cuyo nombre era Lopaka.

—¿Qué te sucede —preguntó Lopaka—, que tienes la vista clavada en tu baúl?

Estaban solos en el castillo de proa.²² Keawe le hizo jurar que mantendría el secreto, y le contó todo.

—Este es un asunto muy extraño —dijo Lopaka— y me temo que esta botella te va a traer problemas. Pero hay un punto que está muy claro: ya que tienes la certeza de los problemas, lo mejor que puedes hacer es obtener provecho del trato que has cerrado. Ponte a pensar en lo que quieres obtener gracias a él; da la orden y, si esta se cumple tal como deseas, yo mismo te compraré la botella, pues tengo la intención de conseguir una goleta²³ y dedicarme al comercio entre las islas.

—No es esa mi idea —dijo Keawe—, sino la de tener una casa hermosa con un jardín en la costa de Kona,²⁴ donde nací, con el sol brillando en la puerta, flores en el jardín, vidrios en las ventanas, cuadros en las paredes, y miniaturas y tapetes²⁵ finos sobre las mesas, tal como la casa en la que estuve en el día de hoy, solo que un piso más alta y con balcones por todo alrededor como el palacio del rey... Y vivir allí sin preocupaciones y divertirme con mis amigos y mis parientes.

—Bueno —dijo Lopaka—, llevemos la botella con nosotros a Hawái y, si todo eso resulta verdad, como supones, yo te la compraré, tal como he dicho, y pediré una goleta.

Cerraron el trato, y no pasó mucho tiempo antes de que el barco regresara a Honolulu,²⁶ llevando a Keawe, a Lopaka, y a la botella. Apenas habían desembarcado, cuando se encontraron en la playa con un amigo, quien de inmediato empezó a expresar sus condolencias²⁷ a Keawe.

—No sé por qué razón debo recibir condolencias —dijo Keawe.

²² El **castillo de proa** es la parte de la cubierta principal del barco que se encuentra adelante, mirando en la dirección en que se avanza.

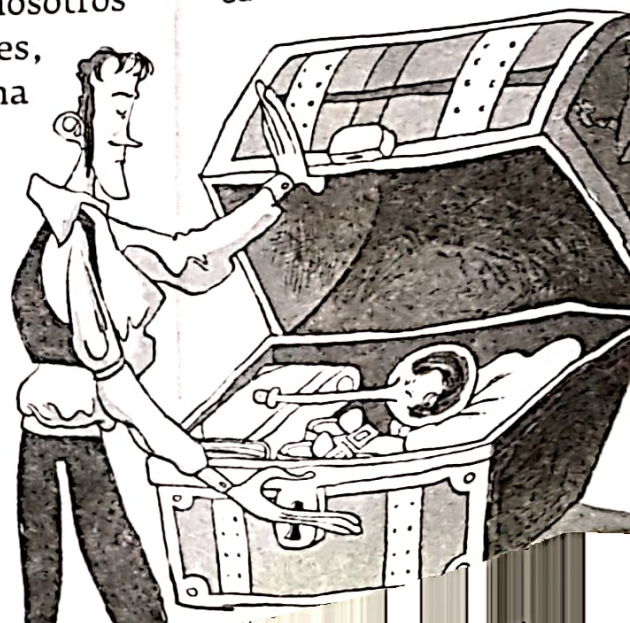
²³ La **goleta** es un barco velero con dos palos.

²⁴ **Kona** es una aldea ubicada en la costa oeste de la isla de Hawái.

²⁵ Un **tapete** es una cubierta de paño u otro tejido que se coloca sobre un mueble para protegerlo.

²⁶ **Honolulu** es la actual ciudad capital del estado de Hawái, en la costa sur de la isla de Oahu.

²⁷ Las **condolencias** son las palabras con las que una persona le manifiesta a otra que comparte sus penas y aflicciones por la pérdida de un ser querido.



—¿Acaso no sabes —preguntó el amigo— que tu tío, ese viejo buen hombre, ha muerto, y que tu primo, ese muchacho magnífico, se ahogó en el mar?

Keawe se llenó de pesadumbre²⁸ y, en medio del llanto y los lamentos, se olvidó de la botella. Pero Lopaka estaba envuelto en sus propios pensamientos y, un momento después, cuando Keawe comenzaba a calmarse de su aflicción, le dijo:

—Estaba pensando... ¿no tenía tu tío tierras en Hawái, en el distrito de Kau?²⁹

—No —dijo Keawe—, no en Kau. Están en la ladera de la montaña, un poco al sur de Hookena.³⁰

—Esas tierras, ¿ahora serán tuyas? —preguntó Lopaka.

—Sí —dijo Keawe.

Y otra vez empezó a lamentarse por sus parientes.

—No —dijo Lopaka—, no te lamente ahora. He pensado una cosa... ¿Y si esto fuera obra de la botella? Pues ahí tienes el lugar dispuesto para tu casa.

—Si es así —lloró Keawe—, es una forma muy malvada de prestarme un servicio, matando a mis parientes. Pero puede ser, ciertamente, pues fue en una ubicación exactamente como esa donde yo me imaginé la casa.

—La casa, sin embargo, todavía no está construida —dijo Lopaka.

—No. Ni creo que vaya a estarlo —repuso Keawe—, porque, aunque mi tío tenía algunos cafetales y plantaciones de kava³¹ y bananas, no me va a alcanzar para vivir confortablemente... Y el resto de las tierras es de lava³² negra.

—Vayamos a ver al abogado —dijo Lopaka—. No puedo sacarme esta idea de la cabeza.

Y bien, cuando fueron a lo del abogado, se enteraron de que el tío de Keawe se había vuelto increíblemente rico en sus últimos días y había dejado un montón de dinero.

—¡Ahí tienes el dinero para la casa! —gritó Lopaka.

—Si está pensando en una casa nueva —dijo el abogado—,

²⁸ La **pesadumbre** es una tristeza muy grande.

²⁹ El **distrito de Kau** se ubica en el extremo sur de la isla de Hawái.

³⁰ **Hookena** es una localidad ubicada sobre la costa oeste de la isla de Hawái.

³¹ El **kava** es un arbusto siempre verde, de origen polinesio, cuyas hojas poseen propiedades medicinales.

³² La **lava** es la materia mineral derretida o en fusión que sale de un volcán en erupción, formando arroyos encendidos; una vez fría, pasa a formar parte del suelo, como rocas de origen volcánico.

tiene la tarjeta de un nuevo arquitecto, de quien me
contado maravillas.

Cada vez mejor! -exclamó Lopaka-. Parece que todo se
hace fácil. Sigamos obedeciendo las órdenes.

De modo que fueron a ver al arquitecto, y este tenía
dibujos de casas sobre el tablero.

¿Usted quiere algo fuera de lo común -dijo el arquitecto-.
¿Le parece esto?

Le mostró un dibujo a Keawe.

Entonces, cuando Keawe posó su mirada sobre el dibujo,
emitió un fuerte grito, pues era una réplica exacta de lo
que él se había representado mentalmente.

"Estoy metido en lo de esta casa", pensó. "Aunque no
guste el modo en que llego a tenerla, ya estoy metido
en esto, y tal vez obtenga también lo bueno junto con lo
malo."

Así que le contó al arquitecto todo lo que deseaba:
no quería que estuviera amueblada la casa, acerca de
cuadros en las paredes y los pequeños adornos sobre
las mesas. Luego le preguntó directamente por cuánto
aceptaría hacerse cargo de todo el trabajo. Tras muchas
preguntas, el arquitecto tomó su lapicera e hizo un cál-
culo. Una vez que lo hubo terminado, pronunció la suma
exacta que había heredado Keawe.

Lopaka y Keawe se miraron el uno al otro y sacudieron
la cabeza.

"Está bastante claro", pensó Keawe, "que tengo que
tener esta casa, lo quiera o no. Proviene del diablo, y me
da igual que eso no me traiga nada bueno; y de algo estoy
seguro: no pediré más deseos mientras tenga esta botella.
Pero en lo de la casa ya estoy metido, y tendré que aceptar
tanto lo bueno como lo malo del asunto."

Así fue como se puso de acuerdo con el arquitecto,
firmaron un contrato. Keawe y Lopaka volvieron a
embarcarse y navegaron hacia Australia, ya que ambos
llegaron a la misma conclusión: no debían interferir en

Indeed it was a
curious bottle—such
glass was never
blown in any hu-
man glassworks, so
prettily the colours
shone under the
milky white, and
so strangely the
shadow hovered in
the midst

Ciertamente, era una
botella curiosa: un
vidrio así no fue soplado
jamás en ningún
taller humano, con
esos colores que tan
hermosamente brillaban
bajo el blanco lechoso,
y con esa sombra que
de un modo tan extraño
rondaba por dentro.

33 Un **acantilado** es un tipo de costa que se eleva verticalmente y de manera abrupta sobre el mar.

34 La **papaya** es un fruto semejante al melón. Se consume directamente, en jugos o en dulces.

35 El **árbol de pan** es una especie característica de la Polinesia, que puede alcanzar una altura de veinte metros. Su fruto es muy nutritivo y la madera se usa en la construcción, principalmente de canoas.

36 El **ocio** es el tiempo libre de que dispone una persona.

absoluto, sino dejar que el arquitecto y el diablito de la botella construyeran y decoraran esa casa según su propio parecer. El viaje fue bueno, aunque todo el tiempo Keawe se la pasó conteniendo el aliento, porque había jurado que no pronunciaría más deseos y que no obtendría más favores del diablo. Por fin llegó el momento de su regreso. El arquitecto les contó que la casa estaba lista. Keawe y Lopaka emprendieron la travesía en el *Hall* y bajaron por Kona en su trayecto, para ver la casa y comprobar si todo se había hecho en perfecto acuerdo con la idea que Keawe tenía en mente.

Y bien, la casa se levantaba en la ladera de la montaña, visible desde los barcos. Más arriba, el bosque subía hasta las nubes de lluvia; debajo, la lava negra caía en acantilados,³³ en donde los antiguos reyes yacían enterrados. Un jardín florecía alrededor de la casa, con flores de todas las tonalidades, y había un huerto de papaya a un lado y un huerto de árboles de pan³⁵ al otro, y justo enfrente, hacia el lado del mar, habían puesto un mástil de barco en el que flameaba una bandera. En cuanto a la casa, era de tres pisos, con grandes habitaciones y amplios balcones en cada una de ellas. Las ventanas tenían un vidrio tan excelente que era límpido como el agua y luminoso como el día. Toda clase de muebles adornaban las habitaciones. De las paredes colgaban cuadros con marcos dorados—cuadros de barcos, de hombres luchando de las más hermosas mujeres y de lugares singulares—en ningún lugar del mundo hay cuadros de un color tan luminoso como el de estos que Keawe encontró colgados en su casa. Los adornos eran extraordinariamente refinados: relojes de campanadas y cajitas de música, hombrucos con cabezas móviles, libros llenos de dibujos, armas de elevado precio de todos los rincones del planeta, y los más elegantes rompecabezas para entretener el ocio³⁶ de un hombre solitario. Y puesto que nadie pensaría en vivir en semejantes habitaciones, sino solamente caminar a través



de ellas y mirarlas, los balcones eran tan amplios que en ellos podría vivir tranquilamente un pueblo entero. Keawe no sabía qué era lo que prefería, si el porche³⁷ de atrás, en donde uno recibía la brisa de tierra adentro, y que tenía a sus pies los huertos y las flores, o el balcón del frente, en el que se podía beber el viento del mar, mirar hacia abajo a la empinada pared de la montaña y ver el Hall que pasaba una vez a la semana, más o menos, entre Hookena y las colinas de Pele,³⁸ o las goletas que navegaban hacia la costa en busca de madera, kava y bananas.

Una vez que vieron todo, Keawe y Lopaka se sentaron en el porche.

—Y bien —preguntó Lopaka—, ¿está todo tal como querías?

—No hay palabras para expresarlo —dijo Keawe—. Es mejor de lo que soñé y estoy mareado de tanta satisfacción.

—Solamente hay una cosa para tener en cuenta —dijo Lopaka—. Todo esto puede ser bastante natural, y tal vez el diablito de la botella no tenga nada que ver con ello. Si yo te comprara la botella y después de todo no consiguiera ninguna goleta, habría puesto mi mano en el fuego a cambio de nada. Te he dado mi palabra, lo sé... Pero, aun así, creo que no te fastidiará darme una prueba más.

—He jurado que no obtendría más favores —dijo Keawe—. Ya he ido demasiado lejos.

—No estoy pensando en ningún favor —respondió Lopaka—. Solamente en ver al diablito mismo. Con eso no se gana nada, así que no hay de qué avergonzarse. Sin embargo, si yo lo viera una vez, estaría seguro de todo el asunto. De modo que te pido que me consientas eso y me dejes ver al diablito. Luego, aquí tengo el dinero en la mano, y te compraré la botella.

—Hay una sola cosa que me da miedo —dijo Keawe—. Tal vez el diablito sea muy horrible a la vista y, una vez que le hayas puesto los ojos encima, puede ser que ya no te quede ningún deseo de tener la botella.

*The imp may be
very ugly to view;
and if you once
set eyes upon him
you might be very
undesirous of the
bottle.*

*Tal vez el diablito sea
muy horrible a la vista
y, una vez que le hayas
puesto los ojos encima,
puede ser que ya no te
quede ningún deseo de
tener la botella.*

37 El porche es el espacio techado delante de la puerta de entrada de algunas casas.

38 Las colinas de Pele se hallan en la isla de Maui. Deben su nombre a Pele, la diosa del fuego y la danza en la mitología hawaiana.

³⁹ Petrificado quiere decir "convertido en piedra"; en este caso, se usa para indicar que los personajes quedaron inmovilizados por el terror.

⁴⁰ Un desfiladero es un camino estrecho entre montañas.



—Soy un hombre que cumple con su palabra—dijo Lopaka—. Y aquí dejo el dinero, entre nosotros.

—Muy bien—respondió Keawe—. Yo también tengo curiosidad. Así que, señor Diablito, déjenos echarle una mirada.

Entonces, no bien fue dicho eso, el diablito se dejó ver fuera de la botella, y luego volvió a meterse adentro rápido como una lagartija. Keawe y Lopaka se quedaron petrificados.³⁹ Ya casi se había hecho de noche cuando recobraron el dominio de su mente y su facultad de hablar. Entonces Lopaka empujó el dinero hacia adelante y tomó la botella.

—Soy un hombre que cumple con su palabra—dijo—y, si no fuera así, no tocaría esta botella ni siquiera con el pie. Bueno, obtendré mi goleta y un dólar o dos para mi bolsillo, y luego me libraré de este diablo tan pronto como pueda. Porque, para decirte la pura verdad, ver a este diablito me ha dejado con el ánimo por el suelo.

—Lopaka—dijo Keawe—, no pienses mal de mí. Sé que es de noche, que los caminos están mal, y que el desfiladero⁴⁰ que pasa junto a las tumbas es un mal sitio para andar por allí tan tarde... pero te digo que, luego de ver ese pequeño rostro, no podré comer ni dormir ni rezar hasta que se haya apartado de mí. Te daré un farol y una cesta para llevar la botella, y cualquier cuadro o cosa hermosa que se te antoje de mi casa. Pero retírate de inmediato y ve a dormir a Hookena con Nahinu.

—Keawe—dijo Lopaka—, muchos hombres tomarían eso a mal, sobre todo cuando yo te estoy haciendo un favor de modo tan amistoso, al mantener mi palabra y comprar la botella; y, en realidad, la noche y la oscuridad y el camino que pasa al lado de las tumbas, todo eso tiene que ser diez veces más peligroso para un hombre que arrastra semejante pecado sobre su conciencia y semejante botella bajo el brazo. Pero yo mismo estoy tan tremendamente aterrorizado que no tengo ánimo para culparte de nada. Ya me voy. Y ruego a Dios que tú seas feliz en tu casa, y yo

afortunado con mi goleta, y que ambos vayamos al cielo al final, a pesar del diablo y su botella.

Así que Lopaka bajó por la montaña. Keawe se quedó de pie en su balcón del frente, escuchando el golpeteo de las herraduras del caballo y viendo cómo bajaba la linterna por el camino y a lo largo del acantilado de las cuevas en las que están enterrados los muertos antiguos; y todo el tiempo temblaba y apretaba las manos y rezaba por su amigo, y glorificaba a Dios por haberse librado de ese problema.

Pero el día siguiente amaneció tan luminoso y su nueva casa era tan hermosa a la vista, que se olvidó de sus terrores. Pasaba un día tras otro, y Keawe vivía en perpetua alegría. Se instaló en el porche trasero: allí era donde comía y vivía, y leía las noticias de los periódicos de Honolulu. Pero, cada vez que venía alguien, él y su visitante entraban y miraban las habitaciones y los cuadros. Así fue como la fama de la casa se extendió por todas partes: la llamaban *Ka-Hale Nui* —la Gran Casa— en todo Kona; y, a veces, la Casa Brillante, porque Keawe tenía a su servicio a un chino que se la pasaba limpiando y lustrando todo, de modo que el vidrio, los dorados, los objetos refinados y los cuadros brillaban con tanta luz como la mañana. En cuanto al mismo Keawe, no podía andar por las habitaciones sin cantar, tan colmado de dicha estaba su corazón. Y, cuando por el mar pasaban navegando los barcos, izaba su bandera en el mástil.

Así pasó el tiempo, hasta que un día Keawe se fue a Kailua⁴¹ para visitar a unos amigos. Allí fue muy bien agasajado, y partió tan pronto como pudo la mañana siguiente y cabalgó raudamente, porque estaba impaciente por contemplar su hermosa casa. Además, la noche que se avecinaba era la noche en la que los muertos de los viejos tiempos salen por las laderas de Kona; y, habiéndose visto ya involucrado con el diablo, quería evitar a toda costa encontrarse con los muertos.

⁴¹ Kailua fue la ciudad capital del reino de Hawái, cuando se estableció la monarquía en 1810.

Un poco más allá de Honaunau, alzando la vista en la lejanía, notó que había una mujer bañándose a la orilla del mar; parecía una muchacha crecida, pero Keawe no pensó más en el tema. Entonces vio ondear su camisola blanca cuando ella se la puso, y luego su *holoku*⁴² rojo. En el momento en que él llegó a la altura de la joven, ella había terminado de arreglarse, había subido desde el mar y estaba de pie a un costado del camino con su *holoku* rojo, fresca tras su baño, y sus ojos brillaban y eran amables. Entonces, no bien Keawe la vio, tiró de las riendas para frenar su caballo.

—Creía conocer a todo el mundo por estos lados —dijo—. ¿Cómo es posible que no te conozca a ti?

—Soy Kokua, hija de Kiano —dijo la muchacha—. Acabo de regresar de Oahu.⁴³ ¿Quién eres tú?

—Te diré quién soy dentro de un momento —dijo Keawe, mientras desmontaba de su caballo—, pero no ahora. Tengo una idea en mente, y si tú supieras quién soy, podrías haber oído hablar de mí y es posible que no me dieras una respuesta veraz.⁴⁴ ¿Estás casada?

Ante esta pregunta, Kokua se puso a reír.

—Eres tú el que hace las preguntas —dijo—. ¿Tú estás casado?

—Ciertamente, Kokua, no lo estoy —respondió Keawe— y nunca he pensado en casarme hasta este instante. Pero esta es la pura verdad: te he encontrado aquí, a un costado del camino, y he visto tus ojos, que son como estrellas, y mi corazón se ha ido contigo veloz como un pájaro. Y entonces ahora, si tú no quieres saber nada conmigo, dilo, y yo proseguiré mi camino a casa; pero si no me consideras peor que cualquier otro joven, dilo, también, y yo iré hasta la casa de tu padre esta noche y mañana hablaré con el buen hombre.

Kokua no dijo palabra, sino que miró hacia el mar y se rio.

—Kokua —dijo Keawe—, si no dices nada, lo tomaré como

⁴² Se llama *holoku* al pareo o vestido con que se visten las mujeres hawaianas.

⁴³ Oahu es la isla más poblada del archipiélago de Hawái; está formada por dos volcanes con un amplio valle entre ellos. La ciudad más grande es Honolulu.

⁴⁴ Alguien es *veraz* cuando dice la verdad.



una respuesta favorable; así que emprendamos la marcha hacia la casa de tu padre.

Ella iba adelante de él, todavía sin hablar. Solamente miraba hacia atrás de tanto en tanto, y luego miraba otra vez a lo lejos, y llevaba las cintas de su sombrero en la boca.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, Kiano salió a su galería, dio un grito y le dio la bienvenida a Keawe llamándolo por su nombre. Al oírlo, la muchacha alzó la vista, pues la fama de la Gran Casa había llegado a sus oídos y, ciertamente, era una gran tentación. Pasaron esa velada muy felices juntos: la muchacha se mostró muy atrevida ante la mirada de sus padres y se burlaba de Keawe, pues tenía un carácter mordaz.⁴⁵ Al día siguiente, él habló con Kiano y luego se quedó a solas con la muchacha.

-Kokua -dijo-, te has estado burlando de mí toda la noche, y todavía estás a tiempo de decirme que me vaya. Yo no te conté quién era, porque tengo una casa tan hermosa, que temí que pensaras demasiado en la casa y demasiado poco en el hombre que te ama. Ahora lo sabes todo y, si tu deseo es no verme más, dilo ahora mismo.

-No -dijo Kokua. Pero esta vez no se rio, y Keawe tampoco preguntó nada más. Así fue como Keawe la cortejó.⁴⁶ Las cosas habían ido muy rápido, pero así de rápido va una flecha, y la bala de un fusil es todavía más veloz, y de todas maneras ambas pueden dar en el blanco. Las cosas habían ido a toda prisa, pero también habían llegado lejos, y la imagen de Keawe llenaba la mente de la joven; ella oía su voz en las olas que rompían sobre la lava, y por ese muchacho a quien no había visto más de dos veces ella habría dejado a su padre, a su madre y a sus islas natales. En cuanto a Keawe, su caballo voló por el camino de montaña bajo el acantilado de las tumbas, y el sonido de los cascos del caballo y el sonido de Keawe, que iba cantando para sí mismo de placer, retumbaban

⁴⁵ Una persona de carácter **mordaz** suele criticar a los demás o burlarse de ellos con gracia e ingenio.

⁴⁶ Cuando un hombre **corteja** a una mujer, la trata de manera galante con la intención de que ella se enamore de él.

en las cavernas de los muertos. Cuando llegó a la Casa Brillante, todavía seguía cantando. Se sentó a comer en el amplio balcón, y el sirviente chino se asombró al oír a su amo cantando entre bocado y bocado. El sol se puso en el mar, llegó la noche y la voz de su canto sobresaltaba a los hombres en los barcos.

—Aquí estoy en mi alta casa —se dijo a sí mismo—. La vida no puede ser mejor: esta es la cima de la montaña y todos los arrecifes que me rodean son más bajos. Por primera vez voy a iluminar las habitaciones, y a bañarme en mi hermoso baño con agua caliente y con agua fría, y dormiré solo en la cama de mi habitación nupcial.⁴⁷

Así que Keawe llamó al sirviente chino, quien tuvo que levantarse de la cama y encender la caldera; y mientras este trabajaba abajo, al lado de los quemadores, oía a su amo cantando y regocijándose arriba, en las habitaciones iluminadas. Cuando el agua empezó a salir caliente, el chino le avisó a su amo y Keawe se metió en el baño. El chino lo oía cantar mientras se llenaba la bañera de mármol; y oyó su canto entrecortado, mientras el amo se desvestía; hasta que, de pronto, el canto se interrumpió. El chino se quedó escuchando y no se oía nada. Le gritó a Keawe escaleras arriba para preguntarle si todo estaba en orden, y Keawe le respondió:

—Sí.

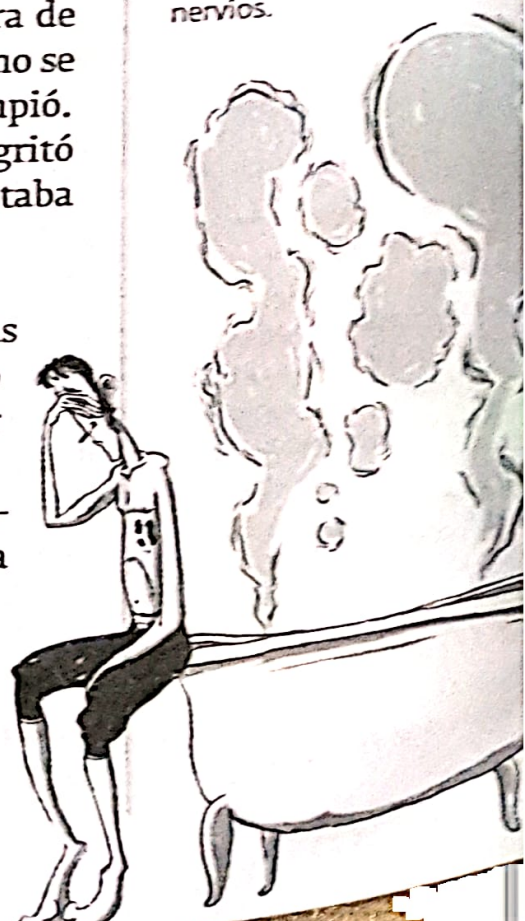
Y le indicó que se fuera a dormir. Pero no hubo más cantos en la Casa Brillante, y toda esa noche, el chino oyó los pasos de su amo dando vueltas y vueltas por los balcones, sin descanso.

Ahora bien, lo que realmente sucedió fue lo siguiente: cuando Keawe se estaba desvistiendo para darse su baño, entrevió en su cuerpo una mancha como la de un líquen⁴⁸ en una roca, y fue entonces cuando dejó de cantar. Porque conocía el aspecto de esa mancha y supo que había contraído el mal de la China.⁴⁹

47 La habitación nupcial es aquella preparada para que duerma un matrimonio.

48 Un líquen es un organismo resultante de la simbiosis de un hongo y un alga, que forma costras mamones, amarillos, grises o rojizos sobre las rocas o las cortezas de los árboles.

49 Se llamaba mal de la China a la lepra, una enfermedad infecciosa, incurable en esa época, que afecta sobre todo a la piel, las membranas mucosas y los nervios.



Claro que es una cosa triste para cualquiera contraer esta enfermedad. Y sería una cosa triste para cualquiera dejar una casa tan hermosa y espaciosa, y separarse de todos sus amigos para partir hacia la costa norte de Molokai, entre el imponente acantilado y la rompiente del mar. Pero ¿cuánto lo era en el caso de Keawe, que apenas había encontrado a su amor ayer, y apenas lo había conquistado esa mañana, y ahora veía todas sus esperanzas rotas, en un momento, como un trozo de cristal?

Se quedó sentado un rato en el borde de la bañera. Luego saltó, con un grito, corrió afuera y empezó a caminar yendo y viniendo, yendo y viniendo por el balcón, como un desesperado.

“No tendría problema en irme de Hawái, el hogar de mis antepasados”, pensaba Keawe. “Apenas me molestaría dejar mi casa, la que está situada en lo alto, la de las muchas ventanas, aquí en las montañas. Tendría valor para irme a Molokai, a Kalaupapa, al lado de los arrecifes, a vivir con los que han sido golpeados por esta enfermedad y a dormir allí, lejos de mis padres. Pero... ¿qué error he cometido, qué pecado arrastra mi alma, para tener que haber encontrado a Kokua saliendo fresca del mar al anocheecer? ¡Kokua, la cautivadora de almas! ¡Kokua, la luz de mi vida! Nunca podré casarme con ella, ya no podré verla, ya no podré tocarla con mi mano amorosa; y es por esto, ¡es por ti, ay, Kokua, que vierto mis lamentos!”

Ustedes se darán cuenta de qué clase de hombre era Keawe, ya que él podría haber vivido allí en la Casa Brillante durante años, y nadie se habría enterado de su enfermedad; pero para él eso no tenía la menor importancia, si debía perder a Kokua. Aun más, podría haberse casado con Kokua incluso en su estado —y eso es lo que muchos habrían hecho, pues tienen alma de cerdo—; pero Keawe amaba a la muchacha con toda su hombría, y nunca le habría hecho daño ni la habría puesto en peligro.

Poco después de la medianoche, vino a su mente el recuerdo de la botella. Se dirigió al porche de atrás y empezó a acordarse del día en que el diablo se había mostrado; ante esos pensamientos, se le heló la sangre en las venas.

“Esa botella es algo horroroso”, pensó Keawe, “y horroroso es el diablito, y es una cosa horrorosa exponerse a las llamas del infierno. ¿Pero qué otra esperanza tengo de curar mi enfermedad y de casarme con Kokua? ¡Y qué!”, pensó, “¿iba a desafiar al diablo una vez, solamente para obtener una casa, y no voy a enfrentarlo de nuevo para ganarme a Kokua?”

Inmediatamente recordó que, al día siguiente, el *Hall* pasaba en su regreso a Honolulu.

“Es allí adonde tengo que ir primero”, pensó, “y buscar a Lopaka. Pues la mayor esperanza que tengo ahora es encontrar esa misma botella de la que me deshice con tanta satisfacción”.

No pudo dormir ni un instante. Tenía la cena atragantada, pero le mandó una carta a Kiano, y para cuando el vapor⁵² estaba por llegar, cabalgó hacia abajo, por el costado del acantilado de las tumbas. Llovía; su caballo marchaba pesadamente; Keawe levantó la mirada hacia las bocas negras de las cuevas y envidió a los muertos que dormían allí y que ya no tenían ninguna preocupación. Entonces le vino a la mente el recuerdo de cómo había galopado el día anterior, y se quedó estupefacto. Al fin arribó a Hookena, donde todo el mundo estaba reunido para la llegada del vapor, como siempre. Estaban sentados en el cobertizo⁵³ pegado al depósito, y hacían bromas y se contaban las noticias; pero en el pecho de Keawe no había tema de conversación, y se sentó en medio de ellos y miró cómo caía la lluvia sobre las casas y las olas que golpeaban las rocas. Los suspiros asomaban por su garganta.

—Keawe, el de la Casa Brillante, está de capa caída⁵⁴ —se decían unos a otros.

Claro que es una cosa triste para cualquiera contraer esta enfermedad. Y sería una cosa triste para cualquiera dejar una casa tan hermosa y espaciosa, y separarse de todos sus amigos para partir hacia la costa norte de Molokai, entre el imponente acantilado y la rompiente del mar. Pero ¿cuánto lo era en el caso de Keawe, que apenas había encontrado a su amor ayer, y apenas lo había conquistado esa mañana, y ahora veía todas sus esperanzas rotas, en un momento, como un trozo de cristal?

Se quedó sentado un rato en el borde de la bañera. Luego saltó, con un grito, corrió afuera y empezó a caminar yendo y viniendo, yendo y viniendo por el balcón, como un desesperado.

“No tendría problema en irme de Hawái, el hogar de mis antepasados”, pensaba Keawe. “Apenas me molestaría dejar mi casa, la que está situada en lo alto, la de las muchas ventanas, aquí en las montañas. Tendría valor para irme a Molokai, a Kalaupapa, al lado de los arrecifes, a vivir con los que han sido golpeados por esta enfermedad y a dormir allí, lejos de mis padres. Pero... ¿qué error he cometido, qué pecado arrastra mi alma, para tener que haber encontrado a Kokua saliendo fresca del mar al anochecer? ¡Kokua, la cautivadora de almas! ¡Kokua, la luz de mi vida! Nunca podré casarme con ella, ya no podré verla, ya no podré tocarla con mi mano amorosa; y es por esto, ¡es por ti, ay, Kokua, que vierto mis lamentos!”

Ustedes se darán cuenta de qué clase de hombre era Keawe, ya que él podría haber vivido allí en la Casa Brillante durante años, y nadie se habría enterado de su enfermedad; pero para él eso no tenía la menor importancia, si debía perder a Kokua. Aun más, podría haberse casado con Kokua incluso en su estado —y eso es lo que muchos habrían hecho, pues tienen alma de cerdo—; pero Keawe amaba a la muchacha con toda su hombría, y nunca le habría hecho daño ni la habría puesto en peligro.

50 Molokai es la isla central del archipiélago de Hawái, ubicada entre la isla Oahu y la isla Maui. En el siglo XIX, en la península de Kalaupapa (ubicada en el norte de la isla), funcionaba una colonia donde se aislaba a los que padecían la lepra.

51 Se llama **hombría** a la entereza, el valor y la honradez de un varón.

Poco después de la medianoche, vino a su mente el recuerdo de la botella. Se dirigió al porche de atrás y empezó a acordarse del día en que el diablo se había mostrado; ante esos pensamientos, se le heló la sangre en las venas.

“Esa botella es algo horroroso”, pensó Keawe, “y horroroso es el diablito, y es una cosa horrorosa exponerse a las llamas del infierno. ¿Pero qué otra esperanza tengo de curar mi enfermedad y de casarme con Kokua? ¡Y qué!”, pensó, “¿iba a desafiar al diablo una vez, solamente para obtener una casa, y no voy a enfrentarlo de nuevo para ganarme a Kokua?”

Inmediatamente recordó que, al día siguiente, el Hall pasaba en su regreso a Honolulu.

“Es allí adonde tengo que ir primero”, pensó, “y buscar a Lopaka. Pues la mayor esperanza que tengo ahora es encontrar esa misma botella de la que me deshice con tanta satisfacción”.

No pudo dormir ni un instante. Tenía la cena atragantada, pero le mandó una carta a Kiano, y para cuando el vapor⁵² estaba por llegar, cabalgó hacia abajo, por el costado del acantilado de las tumbas. Llovía; su caballo marchaba pesadamente; Keawe levantó la mirada hacia las bocas negras de las cuevas y envidió a los muertos que dormían allí y que ya no tenían ninguna preocupación. Entonces le vino a la mente el recuerdo de cómo había galopado el día anterior, y se quedó estupefacto. Al fin arribó a Hookena, donde todo el mundo estaba reunido para la llegada del vapor, como siempre. Estaban sentados en el cobertizo⁵³ pegado al depósito, y hacían bromas y se contaban las noticias; pero en el pecho de Keawe no había tema de conversación, y se sentó en medio de ellos y miró cómo caía la lluvia sobre las casas y las olas que golpeaban las rocas. Los suspiros asomaban por su garganta.

—Keawe, el de la Casa Brillante, está de capa caída⁵⁴ —se decían unos a otros.

⁵² Aquí, vapor designa al buque que navega impulsado por una máquina de vapor.

⁵³ El cobertizo es un sitio cubierto ligero o rústicamente para resguardar de la intemperie a personas, animales u objetos.

⁵⁴ Se dice que alguien está de **capa caída** cuando manifiesta signos de falta de ánimo o de salud.

55 La **popa** es la parte de atrás de una embarcación, mirando en el sentido hacia donde avanza.

56 En lengua hawaiana, **haoles** significa "extranjeros".

57 **Canaca** es el nombre que emplean los polinesios para referirse a ellos mismos.

58 **Hilo** (pronunciado *ji-lo*) es una zona costera de la isla grande de Hawái.

59 **Kau** es la más antigua y la cuarta en tamaño de las islas principales del archipiélago de Hawái.

60 El **ajetreo** es el movimiento incesante de un lado a otro.

61 En el vocabulario de la navegación, se llama **sotavento** a la parte opuesta a aquella de donde viene el viento con respecto a un punto o lugar determinado.

62 **Diamond Head** es el cráter de un volcán extinto, al sureste de la isla de Oahu.

63 **Waikiki** es un barrio elegante de Honolulu.

Ciertamente lo estaba, y es normal que así fuera. Luego llegó el *Hall* y el bote llevó a Keawe a bordo. La popa⁵⁵ del barco estaba llena de *haoles*⁵⁶ que habían ido a visitar el volcán, como es su costumbre; en la parte del centro se apiñaban los canacas,⁵⁷ y la proa estaba llena de toros salvajes de Hilo⁵⁸ y caballos de Kau;⁵⁹ pero Keawe se sentó apartado de todos, con su pesadumbre, y miró hacia la casa de Kiano. Allí estaba, sobre la costa en las bajas rocas negras, a la sombra de las palmeras de cacao, y al lado de la puerta había un *holoku* rojo, no mayor que una mosca, que iba y venía con el ajetreo⁶⁰ propio de una mosca.

—¡Ah, reina de mi corazón —se lamentó—, arriesgaré mi querida alma para tenerte!

Poco después, cayó la oscuridad de la noche, se iluminaron las cabinas y los *haoles* se sentaron a jugar a las cartas y a tomar whisky, tal como es su costumbre; pero Keawe caminó por la cubierta toda la noche. Y todo el día siguiente, mientras navegaban a sotavento⁶¹ de Maui o de Molokai, todavía estuvo paseándose de aquí para allá como un animal salvaje en una jaula.

Hacia el atardecer, pasaron por Diamond Head⁶² y llegaron al muelle de Honolulu. Keawe bajó en medio de la multitud y empezó a preguntar por Lopaka. Parecía ser que se había convertido en el dueño de una goleta —la mejor de las islas— y se había ido a la aventura, lejos, hacia Polapola o Kahiki, así que no servía de nada buscar a Lopaka. Keawe se acordó de un amigo de Lopaka, un abogado de la ciudad (no puedo decir su nombre), y preguntó por él. Le dijeron que se había vuelto rico de repente y que tenía una casa nueva muy bonita en la costa de Waikiki.⁶³ Eso le metió a Keawe una idea en la cabeza, pidió un coche y se hizo llevar a la casa del abogado.

La casa estaba flamante y los árboles del jardín no eran más altos que bastones. El abogado, cuando apareció, tenía el aspecto de un hombre satisfecho.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—Usted es amigo de Lopaka —respondió Keawe— y Lopaka me compró cierta mercadería que tal vez usted podría ayudarme a rastrear.

El rostro del abogado se volvió muy sombrío.

—No voy a hacerme el que no lo entiende, señor Keawe —dijo—, aunque se trata de un asunto feo para andar revolviéndolo. Puede usted estar seguro de que yo no sé nada con certeza, pero tengo la sensación de que si usted se dirige a cierto barrio, creo que podría tener noticias de lo que busca.

Y le dio un nombre, el cual, una vez más, será mejor que yo no repita. Así sucedió durante días: Keawe iba de uno a otro, encontrando por todas partes ropas y carruajes nuevos, hermosas casas nuevas y hombres muy contentos, aunque, ciertamente, cuando les preguntaba sobre sus asuntos, se les ensombrecía el rostro.

“No cabe duda de que estoy sobre la pista”, pensaba Keawe. “Estas ropas y estos carruajes nuevos son todos regalos del pequeño demonio, y estos rostros felices son los rostros de hombres que han obtenido su ganancia y se han librado del objeto maldito, poniéndose a salvo. En cuanto vea mejillas pálidas y oiga suspiros, sabré que estoy cerca de la botella”.

Sucedió finalmente que le recomendaron que viera a un *haole* en la calle Beritania. Cuando llegó a la puerta, más o menos a la hora de la cena, vio las señales acostumbradas: la casa nueva, el jardín joven y la luz eléctrica que brillaba en las ventanas; pero, cuando salió el dueño, una sacudida de miedo y esperanza recorrió el cuerpo de Keawe, porque se trataba de un hombre joven, blanco como un cadáver y con ojeras, que estaba perdiendo el cabello y presentaba el semblante de quien está esperando que lo lleven a la horca.

“Aquí está, no hay dudas”, pensó Keawe.

Ante este hombre, no tenía sentido ocultar sus intenciones.

—He venido a comprarle la botella —dijo.



*The words died
upon Keawe's
tongue; he who
bought it could
never sell it again
the bottle and the
bottle imp must
abide with him
until he died, and
when he died must
carry him to the
red end of hell*

*Las palabras se para-
lizaron en la boca de
Keawe. el que la com-
prara no podría volver a
venderla jamás, tendría
que soportar a la botella
y al diablito de la botella
hasta que muriera y,
cuando muriera, este
lo arrastraría hasta
los rojos confines del
infierno.*

64 Malversar fondos
quiere decir "apropiar-
se de dinero público
o destinarlo a un uso
ajeno a su función".

Ante estas palabras, el joven haole de la calle Beritania se tambaleó y quedó apoyado contra la pared.

—¡La botella! —gimió con voz jadeante—. ¡Comprar la botella!

Luego pareció ahogarse y, agarrando a Keawe por el brazo, lo hizo entrar en una habitación, donde sirvió vino en dos vasos.

—A su salud —dijo Keawe, que en el pasado había estado rodeado de haoles muchas veces—. Sí —añadió—, he venido a comprar la botella. ¿Cuál es el precio ahora?

Ante estas palabras, el joven dejó que la copa se le resbalara entre los dedos y levantó la vista hacia Keawe, como si estuviera ante un fantasma.

—El precio —dijo—. ¡El precio! ¿Usted no conoce el precio?

—Es lo que le estoy preguntando —respondió Keawe—. Pero... ¿qué es lo que lo preocupa tanto? ¿Hay algún problema con el precio?

—Ha bajado mucho desde la vez que la tuvo usted, señor Keawe —dijo el joven, tartamudeando.

—Muy bien. Menos será, entonces, lo que tendré que pagar por ella —dijo Keawe—. ¿Cuánto le costó a usted?

El joven estaba blanco como un papel.

—Dos centavos —dijo.

—¿Qué? —gritó Keawe—. ¿Dos centavos? Entonces, usted solamente puede venderla por uno. Y el que se la compre...

Las palabras se paralizaron en la boca de Keawe: el que la comprara no podría volver a venderla jamás, tendría que soportar a la botella y al diablito de la botella hasta que muriera y, cuando muriera, este lo arrastraría hasta los rojos confines del infierno.

El joven de la calle Beritania se puso de rodillas.

—¡Por el amor de Dios, cómprela! —gritó—. Puede quedarse con toda mi fortuna si cerramos trato. Debo haber estado loco cuando la compré a ese precio. Había malversado⁶⁴ fondos en mi negocio... De otro modo, habría sido mi ruina... tendría que haber ido a la cárcel.

—Pobre criatura —dijo Keawe—, usted fue capaz de arriesgar su alma, en una aventura tan desesperada, para evitar el castigo apropiado por su conducta deshonrosa, ¿y se cree que yo dudaría cuando lo que tengo ante mí es el amor? Deme la botella, y el vuelto que estoy seguro que ya tiene preparado. Aquí tiene una moneda de cinco centavos.

Era como había supuesto Keawe: el joven tenía el vuelto preparado en el cajón de un mueble. La botella cambió de manos y, tan pronto como los dedos de Keawe la aferraron por el cuello, él ya había susurrado el deseo de ser un hombre limpio de toda enfermedad. Y, por cierto, cuando llegó a su habitación, se quitó la ropa delante de un espejo y su piel estaba completamente limpia, como la de un niño. Entonces sucedió algo extraño: no bien había visto este milagro, cambió de idea en su interior; el mal de la China pasó a importarle un comino, y Kokua apenas un poco. No tenía más que un pensamiento: que se hallaba ligado al diablito de la botella para toda la eternidad y que no tenía mejor esperanza que la de carbonizarse para siempre en las llamas del infierno. Como si las estuviera viendo, las imaginaba ante sí, allá a lo lejos. Su alma se hundió y la oscuridad cayó sobre la luz.

Cuando Keawe se recobró un poco, se dio cuenta de que era la noche en que tocaba la banda en el hotel. Allí acudió, porque sentía miedo de estar solo. Entre caras felices, anduvo caminando de acá para allá, oyó las melodías subiendo y bajando, y vio a Berger⁶⁵ marcando el ritmo, pero todo el tiempo oía las llamas crepitar⁶⁶ y veía el rojo fuego ardiendo en el pozo sin fondo. De pronto, la banda se puso a tocar *Hiki-ao-ao*; era una canción que él había cantado con Kokua, y su ánimo recuperó el temple.⁶⁷

“Ya está hecho”, pensó, “y, una vez más, intentaré obtener lo bueno junto con lo malo”.

Así fue como regresó a Hawái en el primer vapor y, no bien pudieron hacerse los arreglos, se casó con Kokua y la llevó a lo alto de la montaña, a la Casa Brillante. Y bien,

⁶⁵ Henri Berger

(1844-1929), nacido en Alemania, fue el compositor y el director de orquesta oficial del rey Kalakua de Hawái.

⁶⁶ Crepitar significa “producir sonidos repetidos, rápidos y secos, como los de la madera cuando se quema”.

⁶⁷ Recuperar el temple quiere decir “apaciguarse”.

... como estaban las cosas, cuando permanecían juntos, el corazón de Keawe se tranquilizaba; pero, en cuanto se quedaba solo, caía en un angustioso terror, oía las llamas crepitar y veía el rojo fuego ardiendo en el pozo sin fondo. La muchacha, ciertamente, se había entregado de lleno a él: su corazón daba un salto de contento cuando lo veía, su mano se aferraba a la de él y tenía un aspecto tal, desde el cabello de la cabeza hasta las uñas de los pies, que nadie podía verla sin regocijarse. Ella era agradable por naturaleza. Sus palabras eran siempre buenas. Siempre tenía una canción en la boca, mientras iba de aquí para allá por la Casa Brillante, y era la cosa más brillante de los tres pisos, cantando alegremente como los pájaros. Keawe la contemplaba y la oía, lleno de placer; pero luego tenía que hundirse en un rincón para llorar y gemir por el precio que había pagado por ella; y, a continuación, tenía que secarse las lágrimas, lavarse la cara e ir a sentarse con ella en los amplios balcones, uniéndose a ella en el canto, y, con el ánimo alicaído,⁶⁸ devolverle sus sonrisas.

Llegó un día en el que los pasos de ella empezaron a ponerse más pesados y sus canciones se hicieron más esporádicas.⁶⁹ Ahora, Keawe no era el único que se apartaba para llorar, sino que ambos se rehuían y se sentaban en balcones opuestos con todo el ancho de la Casa Brillante entre los dos. Keawe estaba tan hundido en su desesperación, que apenas si notó el cambio. Lo único que lo alegraba era que tenía más tiempo para sentarse solo y rumiar⁷⁰ mentalmente su destino, y ya no estaba obligado con tanta frecuencia a poner un rostro sonriente sobre su corazón doliente. Pero, un día en que estaba atravesando con suaves pasos la casa, oyó un sollozo, y allí estaba Kokua, ocultando su rostro contra el piso del balcón y llorando como una condenada.

—Haces bien en llorar en esta casa, Kokua —le dijo—. Y, aun así, yo me haría cortar la cabeza con tal de que tú, al menos, pudieras ser feliz.

⁶⁸ Alicaído significa "débil, falto de fuerzas, triste o desanimado".

⁶⁹ Algo es esporádico cuando sucede raramente.

⁷⁰ En este caso, *rumiar* significa "pensar y analizar reflexivamente".

—¡Feliz! —gritó ella—. Keawe, cuando vivías solo en tu Casa Brillante, todos decían en la isla que eras un hombre feliz. En tu boca había risas y cantos, y tu rostro era tan luminoso como un amanecer. Entonces te casaste con la pobre Kokua... y el buen Dios sabrá cuál es su defecto; pero, desde ese día, no has vuelto a sonreír. ¡Ah! —sollozó—, ¿cuál es mi falta?⁷¹ Creía que era bonita y sabía que amaba a mi marido. ¿Cuál es mi falta, que arrojo esta sombría nube sobre él?

—Pobre Kokua —dijo Keawe. Se sentó a su lado, y trató de tomarle la mano, pero ella apartó la suya de un tirón—. Pobre Kokua —volvió a decir él—. Mi pobre niña, mi preciosa. ¡Y yo que había pensado todo este tiempo en ahorrarte disgustos! Pues bien, lo sabrás todo. Entonces, al menos, sentirás piedad por Keawe. Entonces comprenderás cuánto te ha amado él en el pasado (tanto, que se merece el infierno por tenerte) y cuánto te ama todavía el pobre condenado (tanto, que aún es capaz de esbozar una sonrisa al contemplarte).

Luego de eso, se lo contó todo, desde el principio.

—¿Has hecho eso por mí? —gritó ella—. Ah, bueno, entonces, ¡qué me importa todo! —y se aferró a él, llorando.

—¡Ah, querida! —dijo Keawe—, ¡así y todo, cuando pienso en las llamas del infierno, no puedo evitar preocuparme mucho!

—Nunca me digas eso —le pidió ella—. Ningún hombre debe condenarse por no tener otra falta que la de amar a Kokua. Te aseguro, Keawe, que te salvaré con estas manos, o pereceré en tu compañía. ¡Ay! Tú me amaste hasta el punto de entregar tu alma, ¿y crees que yo no moriría para salvarte, devolviéndote el favor?

—¡Ah, querida mía! Podrías morir cien veces, ¿y cuál sería la diferencia —gritó él—, salvo que me dejarías solo hasta que llegue el momento de mi condenación?

—Tú no sabes nada —dijo ella—. Fui educada en una escuela de Honolulu; no soy una chica común y corriente. Y te prometo que salvaré a mi enamorado. ¿Qué es lo que dices

⁷¹ Aquí, *falta* es sinónimo de "defecto".



acerca de un centavo? El mundo no se termina en Norteamérica. En Inglaterra tienen una moneda que llaman un cuarto, y que vale más o menos medio centavo. ¡Ah! ¡Qué pena! –gritó–. ¡Eso apenas mejora las cosas, puesto que el comprador debe condenarse, y no encontraremos a nadie tan valiente como mi Keawe! Pero también está Francia; allí hay una monedita que llaman un céntimo, y cinco de ellas valen aproximadamente un centavo. No podría ser mejor para nosotros. Vamos, Keawe, vayamos a las islas francesas. Vayamos a Tahití,⁷² en el primer barco que nos lleve. Allí tenemos cuatro céntimos, tres céntimos, dos céntimos, un céntimo... cuatro ventas posibles para hacer una y otra vez, y somos dos para impulsar la transacción. ¡Vamos, Keawe mío! Bésame y olvida las preocupaciones. Kokua te defenderá.

–¡Regalo del cielo! –exclamó él–. ¡No creo que Dios vaya a castigarme por desear algo tan indudablemente bueno! Que se haga lo que dices, entonces. Llévame adonde quieras: pongo mi vida y mi salvación en tus manos.

Al día siguiente, temprano, Kokua se ocupó de los preparativos. Tomó el baúl que Keawe utilizaba en sus viajes por mar; primero colocó la botella en una esquina, y luego empacó alrededor las ropas más finas de ambos y los adornos más hermosos de la casa.

–Tenemos que parecer gente rica –dijo–. Si no, ¿quién va a creer en la botella?

Todo el tiempo que estuvo atareada parecía alegre como un pajarito. Solamente cuando dirigía una mirada a Keawe, se le llenaban los ojos de lágrimas y tenía que ir corriendo a besarlo. En cuanto a Keawe, su alma se había quitado un peso de encima. Ahora que había compartido su secreto y tenía un poco de esperanza por delante, parecía un hombre nuevo: sentía los pies livianos sobre la tierra y respirar volvía a ser para él algo que le hacía bien. Aun así, todavía lo acechaba el terror; de tanto en tanto, así como el soplo del viento apaga una vela, la esperanza

⁷² Tahití es la isla más grande de la Polinesia francesa, un archipiélago situado al sur del océano Pacífico. Fue colonizada por los franceses desde 1842.

moría en su interior y veía las llamas agitándose y el rojo fuego ardiendo en el infierno.

Anunciaron con bombos y platillos que se iban en viaje de placer a los Estados Unidos, lo que a la gente le pareció una cosa rara; pero, aun así, no tan rara como la verdad, si alguien hubiera podido adivinarla. De modo que fueron a Honolulu en el *Hall*, y luego en el *Umatilla* a San Francisco, con una multitud de *haoles*, y en San Francisco se embarcaron en el bergantín⁷³ del correo, el *Tropic Bird*, hacia Papeete,⁷⁴ la ciudad más importante de los franceses en las islas del Sur. Allí llegaron, tras un viaje agradable, un bonito día en la época de los vientos alisios,⁷⁵ y vieron el arrecife contra el que rompía el oleaje, y Motuiti⁷⁶ con sus palmeras, y una goleta que se iba aproximando, y las casas blancas de la ciudad allí abajo, a lo largo de la costa entre verdes árboles, y por encima las montañas y las nubes de Tahití, la isla sabia.

Pensaron que lo más prudente sería alquilar una casa, y lo hicieron, frente a la sede del cónsul británico, para mostrar gran ostentación de dinero y atraer la atención con sus carruajes y caballos. Era algo fácil, pues tenían la botella en sus manos. Kokua era más osada⁷⁷ que Keawe y, cada vez que se le ocurría algo, invocaba al diablito para pedirle veinte o cien dólares. A ese ritmo, pronto se hicieron notar en la ciudad: los extranjeros de Hawái, sus cabalgatas y paseos en coche, los preciosos *holokus* y los costosos encajes de Kokua se convirtieron en el tema de muchas conversaciones.

Casi enseguida se acostumbraron a la lengua de Tahití, que ciertamente es parecida a la hawaiana, si se cambian ciertas letras; y, no bien fueron capaces de hablar libremente, empezaron a promover la venta de la botella. No era un tema fácil de abordar; resultaba complicado convencer a las personas de que uno era honesto, cuando se les ofrecía venderles por cuatro céntimos la fuente inagotable de salud y riqueza. Además, era necesario explicar los peligros de

73 Un **bergantín** es un buque de dos palos.

74 **Papeete** es la capital de Tahití.

75 Los **alisios** son vientos de la zona del trópico, que soplan de manera más o menos constante en la época de verano.

76 **Motuiti** es una isla situada al norte del archipiélago de las islas Marquesas, en la Polinesia francesa.

77 Se dice que una persona es **osada** cuando actúa de manera audaz y es capaz de arriesgarse más que otras.

la botella; y, o bien algunos se mostraban incrédulos ante todo el asunto y se reían, o bien atendían a la parte más oscura y se alejaban de Keawe y Kokua, como se huye de la gente que tiene tratos con el diablo. De modo que, en vez de ganar terreno, empezaron a notar que la gente de la ciudad los evitaba: los niños se escapaban de ellos corriendo a los gritos, lo que resultaba intolerable para Kokua; los católicos se persignaban cuando pasaban a su lado, y todo el mundo, de común acuerdo, empezó a eludirlos.⁷⁸

Sobre sus espíritus cayó la depresión. Se sentaban por la noche en su casa nueva, luego de un día agotador, sin intercambiar palabra, y el silencio se rompía cuando Kokua estallaba de repente en sollozos. A veces, rezaban juntos; a veces, sacaban la botella y la ponían en el piso, y se pasaban toda la velada⁷⁹ sentados mirando cómo la sombra se movía en su interior. En esas ocasiones, tenían miedo de irse a dormir. Pasaba un largo rato antes de que les llegara el sueño y, si uno de los dos se quedaba dormido, sucedía que se despertaba y hallaba al otro llorando silenciosamente en la oscuridad; o, tal vez, se despertaba solo, ya que el otro había huido de la casa y de la cercanía de la botella, para pasearse bajo los bananos del pequeño jardín o deambular por la playa bajo la luz de la luna.

Una de esas noches, Kokua despertó y notó que Keawe se había ido. Tanteó la cama: el lado de él estaba frío. Entonces sintió miedo y se sentó. La luz de luna se filtraba a través de los postigos.⁸⁰ La habitación estaba llena de claridad y ella pudo entrever⁸¹ la botella en el suelo. Afuera, el viento soplaba con fuerza, los grandes árboles de la avenida gemían ruidosamente y las hojas caídas golpeteaban en la galería. En medio de todo eso, Kokua percibió otro ruido; a duras penas podía distinguir si se trataba de un animal o de un hombre, pero era triste como la muerte y la desgarró hasta el alma. Se levantó sigilosamente, entornó la puerta y dirigió la mirada hacia el patio iluminado por la luna. Allí, bajo los bananos, yacía Keawe, tendido boca abajo sobre el suelo, gimiendo.

⁷⁸ Eludir es esquivar el encuentro con alguien o con algo.

⁷⁹ Una velada es una reunión nocturna.

⁸⁰ Los postigos son las puertas pequeñas que protegen el vidrio de las ventanas o puertaventanas.

⁸¹ Entrever es ver algo de manera confusa.



*Now I say farewell
to the white steps
of heaven and the
waiting faces of
my friends. A love
for a love, and let
mine be equalled
with Keawe's! A
soul for a soul,
and be it mine to
perish!*

*Ahora les digo adiós a
las blancas escaleras del
cielo y a los rostros de
mis amigos que allí me
esperan. Un amor por
un amor, ¡y que el mío
se iguale al de Keawe!
Un alma por un alma,
¡y que sea la mía la que
perezca!*

El primer pensamiento que se le ocurrió a Kokua fue el de correr hacia él y consolarlo, pero se contuvo. Keawe había comportado ante su esposa como un hombre valiente. A ella no le pareció bien hacerle pasar vergüenza entrometiéndose con él en esa hora de debilidad. Con esta idea en mente, se retiró otra vez hacia el interior de la casa.

"¡Cielos!", pensó, "¡Qué descuidada he sido! ¡Qué débil es él, no yo, el que permanece en eterno peligro... Fue él, no yo, el que asumió la maldición sobre su alma. Es por mi bien, y por el amor a una criatura que vale tan poco y que le sirve de tan poco, que ahora contemplo tan cerca de él las llamas del infierno... ¡ay!, y huele su humo, tirado allí afuera, bajo la luz de la luna y los azotes del viento. ¿Soy tan floja de espíritu que nunca hasta este momento he sabido cuál es mi deber, o lo he visto antes y he mirado para otro lado? Pero ahora, al menos, sacaré fuerzas de la flaqueza. Ahora les digo adiós a las blancas escaleras del cielo y a los rostros de mis amigos que allí me esperan. Un amor por un amor, ¡y que el mío se iguale al de Keawe! Un alma por un alma, ¡y que sea la mía la que perezca!"

Era una mujer hábil y enseguida estuvo lista. Tomó en sus manos el cambio —los preciosos céntimos que tenían siempre con ellos, pues estas monedas se usan poco y ellos las habían conseguido en una oficina del gobierno. Cuando ella avanzaba por la avenida, el viento trajo unas nubes, que taparon la luna. La ciudad dormía y ella no sabía hacia dónde ir, hasta que oyó a alguien tosiendo bajo las sombras de los árboles.

—Buen hombre —dijo Kokua—, ¿qué hace usted aquí afuera, en esta fría noche?

El hombre apenas si podía expresarse a causa de la tos, pero ella dedujo que era un viejo y pobre extranjero en la isla.

—¿Podría hacerme un favor? —preguntó Kokua—. Como un extranjero a otro, y como un anciano a una joven, ¿ayudará usted a una hija de Hawái?

-Ah -dijo el anciano-, así que eres la bruja de las ocho islas, y tratas de enredar hasta a mi vieja alma. Pero yo he oído hablar de ti y desafío tu malignidad.

-Siéntese aquí -dijo Kokua- y permítame que le cuente un relato.

Y le contó la historia de Keawe de principio a fin.

-Y ahora -dijo-, yo soy su esposa, a la que compró pagando con el bienestar de su alma. ¿Y yo qué debería hacer? Si lo abordara yo misma y me ofreciera a comprarla, él se negaría. Pero si va usted, la venderá con todo gusto. Yo lo esperaré aquí. Usted la comprará por cuatro céntimos, y yo la compraré una vez más por tres. ¡Y que el Señor le dé fuerzas a una pobre muchacha!

-Si me estás mintiendo -dijo el anciano-, creo que Dios te aniquilará.

-¡Así es! -gritó Kokua-. Tenga le certeza de que lo hará. Yo no podría ser tan traicionera: Dios no lo toleraría.

-Dame los cuatro céntimos y espérame aquí -dijo el anciano.

Cuando Kokua se quedó sola en la calle, su valor desfalleció. ⁸² El viento rugía en los árboles, y a ella le parecía que eran las llamas del infierno. Las sombras que arrojaba una lámpara de la calle le parecieron las manos de seres malignos que trataban de agarrarla. Si hubiera tenido fuerzas, habría salido corriendo. Si hubiera tenido aliento, habría gritado con todas sus fuerzas... Pero, a decir verdad, no podía hacer ninguna de las dos cosas y se quedó de pie, temblando en la avenida, como una criatura asustada.

Entonces vio al anciano que regresaba, trayendo la botella en la mano.

-Hice lo que me pediste -dijo él-. Dejé a tu esposo llorando como un niño. Esta noche va a dormir en paz.

Y le tendió la botella.

-Antes de que me la entregue -dijo Kokua jadeante-, tome lo bueno junto a lo malo y pida librarse de esa tos.

⁸² Se dice que algo o alguien *desfallece* cuando disminuyen sus fuerzas.



-Soy un anciano -respondió el otro- y estoy demasiado cerca de las puertas de mi tumba como para pedirle un favor al diablo. Pero... ¿qué pasa? ¿No te vas a llevar la botella? ¿Tienes dudas?

-¡Ninguna duda! -gritó Kokua-. Es solamente que estoy débil. Deme un momento. Es mi mano la que se resiste. Mi piel se encoge a causa de la cosa maldita. ¡Un momento, nada más!

El anciano le dirigió a Kokua una mirada amable.

-¡Pobrecita! -dijo-. Tienes miedo... Tu alma recela.⁸³ Bueno, déjame que la conserve. Soy viejo y no podría ser más feliz en este mundo. Y en cuanto al otro...

-¡Démela! -dijo Kokua con un grito ahogado-. Aquí tiene su dinero. ¿Me cree tan vil⁸⁴ como para hacer eso? Deme la botella.

-Dios te bendiga, niña -dijo el anciano.

Kokua ocultó la botella bajo su *holoku*, saludó al anciano y se alejó caminando por la avenida, sin fijarse hacia qué lado marchaba. Porque todos los caminos eran ahora iguales para ella: todos llevaban al infierno. A ratos caminaba, a ratos corría, a ratos gritaba con fuerza en medio de la noche, y a ratos se tendía a un lado del camino y lloraba. Le venía a la cabeza todo lo que había oído acerca del infierno: vio las llamas ardiendo, y sintió el olor del humo y su carne achicharrándose⁸⁵ sobre las brasas.

Cuando estaba por hacerse de día, recobró la compostura⁸⁶ y regresó a la casa. Tal como había dicho el anciano, Keawe dormía como un niño. Kokua se paró al lado y contempló su rostro.

-Ahora, esposo mío -dijo-, te toca dormir a ti. Cuando despiertes, a ti te tocará cantar y reír. Pero para la pobre Kokua, ¡ay!, que nunca quiso ser mala, para la pobre Kokua, no habrá más sueño, ni cantos, ni más placeres en la tierra ni en el cielo.

Dicho esto, se acostó junto a él. Su sufrimiento era tan extremo que cayó inmediatamente en un sueño profundo.

83 Recelar significa "temer, desconfiar y sospechar".

84 Se dice que una persona es **vil** cuando actúa de manera despreciable, faltando a la confianza que han puesto en ella.

85 Achicharrar es freír o asar un alimento excesivamente, hasta que toma sabor a quemado.

86 Recobrar la compostura es tranquilizarse y arreglarse para tener buen aspecto.

Ya avanzada la mañana, su esposo la despertó y le dio la buena noticia. Parecía atontado de tanta dicha, ya que no le prestó atención a la angustia de ella, aunque Kokua la disimulaba mal. No importaba que las palabras se le atragantaran a la joven: Keawe era el que hablaba. Ella no probaba bocado, pero ¿quién iba a fijarse en eso, ya que Keawe vaciaba su plato? Kokua lo veía y lo oía como si fuera una cosa extraña en un sueño. A veces ella se olvidaba o dudaba, y se ponía las manos sobre la frente. Saber que ella estaba condenada y oír a su esposo parloteando⁸⁷ parecía algo tan monstruoso...

Todo el tiempo, Keawe estaba comiendo y hablando, planeando el momento del regreso y agradeciéndole que lo hubiera salvado. La acariciaba y le decía que era una fiel compañera. También se reía del anciano que había sido tan tonto como para comprar la botella.

—Parecía un anciano respetable —dijo Keawe—. Pero no se puede juzgar por las apariencias... ¿Para qué quería ese viejo réprobo⁸⁸ la botella?

—Esposo mío —dijo Kokua, con humildad—, tal vez su propósito haya sido bueno.

Keawe se rio con furia.

—¡Tonterías! —gritó—. Te digo que es un viejo pícaro⁸⁹ y, por si fuera poco, un burro. Porque la botella fue bastante difícil de vender por cuatro céntimos, y por tres será casi imposible. El margen no es lo suficientemente amplio. El asunto ya empieza a oler a chamuscado. ¡Brrr! —dijo, y se estremeció—. Es verdad que yo mismo la compré por un centavo, cuando no sabía que había monedas más pequeñas. Fui un tonto en atormentarme; nunca se hallará otro igual. Quienquiera que tenga ahora la botella se la llevará consigo a la tumba.

—¡Oh, esposo mío! —dijo Kokua—. ¿No es una cosa terrible salvarse uno mismo gracias a la ruina eterna de otro? Me parece que yo no podría reírme. Yo me mostraría más humilde. Estaría llena de melancolía. Rezaría por el pobre poseedor.

87 Parlotear es hablar mucho y con poco contenido.

88 El réprobo es aquel que se aparta de los preceptos de una religión.

89 Se dice que alguien es **pícaro** cuando actúa desvergonzadamente, o de manera astuta y manipuladora.

que había dicho ella, se enojó todavía más.

—¡Qué estupidez! —gritó—. Puedes quedarte llena de melancolía, si eso te complace. No es así como piensa una buena esposa. Si pensaras siquiera un poco en mí, te sentirías avergonzada.

Acto seguido, salió y dejó sola a Kokua.

¿Qué posibilidades tenía ella de vender la botella por unos céntimos? Se daba cuenta de que ninguna. Y si tuviera alguna, aquí estaba su esposo apurándola para alejarse a un país donde no había nada menor que un centavo. Aquí —al día siguiente de su sacrificio—, estaba su esposo abandonándola y culpándola.

Ella ni siquiera intentó sacar provecho de lo que tenía, sino que se quedó en la casa. De a ratos, sacaba la botella y la miraba con un miedo indescriptible; de a ratos, la ponía fuera de su vista, llena de aversión.⁹⁰

En eso, regresó Keawe y la invitó a dar un paseo en coche.

—Esposo mío, estoy enferma —dijo ella—. Me siento descomulgada. Perdóname, no puedo sentir ningún placer.

Entonces Keawe se puso más colérico⁹¹ que nunca. Con ella, porque creía que estaba amargada por la suerte del anciano. Y consigo mismo, porque pensaba que ella tenía razón y lo avergonzaba mostrarse tan feliz.

—¡Esa es tu verdad —gritó él— y esos son tus sentimientos! Tu esposo acaba de salvarse de la ruina eterna, a cuyo encuentro salió por amor a ti..., ¡y tú no puedes sentir ningún placer! Kokua, tienes un corazón desleal.

Volvió a marcharse, furioso, y anduvo deambulando por la ciudad todo el día. Se encontró con amigos y estuvo bebiendo con ellos. Alquilieron un carruaje, se fueron al campo y volvieron a beber. Todo el tiempo Keawe se sentía disgustado, porque pensaba que estaba divirtiéndose mientras su esposa se sentía triste y porque en su corazón sabía que ella tenía más razón que él. Al darse cuenta de todo esto, bebía aún más copiosamente.

⁹⁰ **Aversión** es sinónimo de "rechazo o repugnancia".

⁹¹ **Colérico** significa "muy enojado" o "dominado por la ira".

y bien, con él estaba bebiendo un viejo *haole* muy bruto, que había sido **contramaestre**⁹² de un ballenero, fugitivo, excavador de minas de oro, convicto⁹³ en cárceles. Tenía una mente rudimentaria⁹⁴ y una boca de lo más sucia. Le encantaba beber y ver emborracharse a otros; e impulsaba a Keawe a seguir bebiendo. Al rato, a los compinches se les acabó el dinero.

—¡Eh, tú! —dijo el contramaestre—. Tú eres rico, siempre lo andas diciendo. Tienes una botella o no sé qué tontería por el estilo.

—Sí —dijo Keawe—, soy rico. Regresaré y le pediré dinero a mi esposa, que es la que lo guarda.

—Esa es una mala idea, compañero —dijo el contramaestre—. Nunca confíes tus dólares a una falda. Son todas traicioneras como el agua: hay que mantenerlas vigiladas.

Estas palabras impactaron en la mente de Keawe, que estaba confundido por todo lo que había bebido.

“No me extrañaría que ella fuese falsa, ciertamente”, pensó.

—¿Por qué otra razón iba a mostrarse tan alicaída con mi liberación...? Pero yo le demostraré que no soy un hombre fácil de engañar. La voy a agarrar con las manos en la masa”.

Cuando regresaron a la ciudad, Keawe le pidió al contramaestre que lo esperara en una esquina, junto a la vieja cárcel, y remontó la avenida solo, hasta la puerta de su casa. Ya era otra vez de noche. Adentro había una luz encendida, pero no se escuchaba el menor ruido. Keawe rodeó sigilosamente⁹⁵ la casa, abrió la puerta trasera con suavidad y miró hacia el interior.

Allí estaba Kokua en el piso, con la lámpara al lado. Delante de ella había una botella de color blanco lechoso, con panza redonda y un largo cuello. Mientras la miraba, Kokua se retorció las manos.

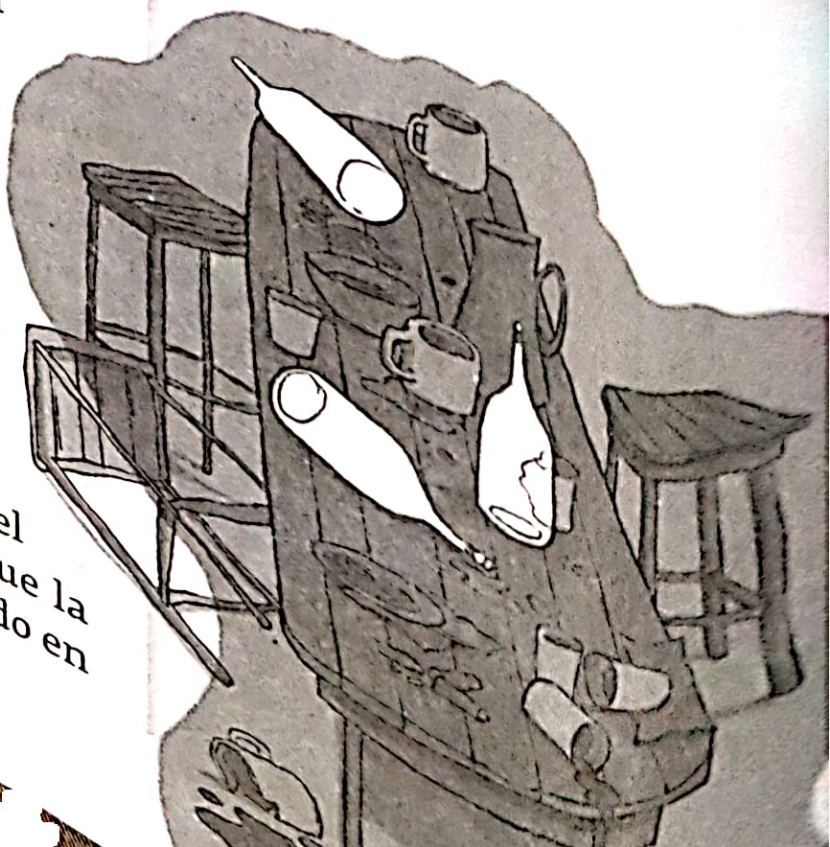
Keawe se quedó de pie en la puerta un largo rato. Primero, estuvo como idiotizado. Luego lo invadió el miedo de que el trato hubiera fallado en algo, y que la botella hubiera regresado a él tal como había ocurrido en

92 En un barco, el **contramaestre** es el oficial que dirige a los marineros, bajo las órdenes del oficial de guerra.

93 Se denomina **convicto** al acusado a quien legalmente se le ha probado su delito, aunque no lo haya confesado.

94 En este caso, **rudimentaria** es sinónimo de “simple o básica”.

95 Alguien se mueve **sigilosamente** cuando procura no hacer ruido.



Una idea singular, que le hizo arder las mejillas.

“Tengo que cerciorarme⁹⁶ de esto”, pensó.

De modo que cerró la puerta, volvió a rodear la casa muy despacio y entonces entró haciendo ruido, como si en realidad acabara de llegar. Y he aquí que, en el momento en que abrió la puerta del frente, no había ninguna botella a la vista. Kokua estaba sentada en una silla y levantó la mirada como alguien a quien despiertan de su sueño.

—He estado bebiendo todo el día y divirtiéndome —dijo Keawe—. He estado con unos buenos compañeros y he regresado solamente a buscar dinero, para volver a beber e irme de juerga⁹⁷ con ellos.

Tanto el rostro como la voz de Keawe eran severos como los de un juez, pero Kokua estaba demasiado perturbada como para darse cuenta.

—Haces bien en usar tu propio dinero, esposo mío —dijo ella, y sus palabras sonaban temblorosas.

—Ah, hago bien en hacer todo lo que hago —dijo Keawe, y se dirigió directamente hacia el baúl y sacó dinero de él. Pero además miró en el rincón donde guardaban la botella, y allí no había ninguna botella,

En eso, el baúl empezó a moverse como una ola y la casa empezó a girar alrededor de él como una espiral de humo, porque vio que ahora estaba perdido y no había escapatoria.

“Es lo que me temí”, pensó. “Es ella la que la ha comprado”.

Cuando pudo recobrase un poco, se levantó; pero el sudor le bañaba el rostro, espeso como la lluvia y frío como el agua de un aljibe.

—Kokua —dijo—, hoy te dije que estaba enojado contigo. Ahora volveré a salir de juerga con mis compañeros —y al decir eso, se rio a medias—. Hallaré más placer en la bebida si tú me perdonas.

⁹⁶ Cerciorarse es sinónimo de “asegurarse”.

⁹⁷ Una juerga es una fiesta o diversión ruidosa.

Entonces ella le abrazó las rodillas y se las besaba mientras se le caían las lágrimas.

—¡Oh —gritó la esposa—, solo te estaba pidiendo una palabra afectuosa!

—No volvamos a pensar mal uno del otro —dijo Keawe, y salió de la casa.

Y bien, el dinero que había tomado Keawe era solamente una parte de lo que habían acopiado en monedas de un céntimo, que habían conseguido a su llegada. Ciertamente, él no tenía en mente ir a beber. Su esposa había dado su alma por él y ahora él debía dar la suya por la de ella. No había ningún otro pensamiento en su interior.

En la esquina, al lado de la cárcel vieja, estaba el contraamaestre, esperando.

—Mi esposa tiene la botella —dijo Keawe— y, a menos que me ayudes a recuperarla, no habrá más dinero ni licor esta noche.

—¡No querrás decir que me hablas en serio sobre lo de la botella! —gritó el contraamaestre.

—Ven abajo del farol —dijo Keawe—. ¿Tengo pinta de estar bromeando?

—Tienes razón —dijo el contraamaestre—. Se te ve serio como un fantasma.

—Bueno, entonces —dijo Keawe—, aquí tienes dos céntimos. Debes ir a ver a mi esposa en la casa y ofrecérselos por la botella. Ella (si no estoy del todo equivocado) te la dará instantáneamente. Tráemela aquí y yo te la compraré a mi vez por un céntimo; porque esa es la ley de esta botella: siempre hay que venderla por una suma menor. Pero, hagas lo que hagas, no le digas ni una sola palabra de que te he enviado yo.

—Compañero, me pregunto si no me estás tomando el pelo —repuso el contraamaestre.

—Si lo estoy, eso no te acarreará ningún daño —respondió Keawe.

—Así es, compañero —dijo el contraamaestre.



—Y si dudas de mí—añadió Keawe—, puedes hacer la prueba. No bien hayas dejado la casa, pide el deseo de tener el bolsillo lleno de dinero, o una botella del mejor ron,⁹⁸ o lo que se te antoje, y verás las virtudes de la cosa.

—Muy bien, canaca—dijo el contraamaestre—. Haré la prueba... Pero, si te estás divirtiendo a costa de mí, yo me divertiré a costa de ti con una cabilla.⁹⁹

Entonces el hombre del ballenero remontó la avenida y Keawe se quedó allí, esperando. Se hallaba cerca del lugar en el que Kokua había esperado la noche anterior, pero Keawe estaba más decidido y no titubeó en cuanto a su propósito. Eso sí: su alma estaba amarga de desesperación.

Le pareció que había pasado un largo rato antes de oír una voz cantando en la oscuridad de la avenida. Se dio cuenta de que era la voz del contraamaestre, pero le resultó raro que apareciera tan de repente así de borracho.

A continuación, el hombre apareció trastabillando¹⁰⁰ bajo la luz del farol. Llevaba la botella del diablo metida en el abrigo y otra botella en la mano. Cuando estuvo a la vista, se la llevó a la boca y bebió de ella.

—La tienes—dijo Keawe—. Ya lo veo.

—Aparta esas manos—gritó el contraamaestre, retrocediendo de un salto—. Si te acercas un paso más, te parto la boca. Creías que ibas a poder utilizarme, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?—inquirió Keawe.

—¿Qué quiero decir?—gritó el contraamaestre—. Que esta es una botella bastante buena... Es eso... Eso es lo que quiero decir. No acabo de comprender cómo la he obtenido por dos céntimos, pero estoy seguro de que tú no la tendrás por uno.

—¿Quieres decir que no la vendes?—preguntó jadeante Keawe.

—No, caballero—contestó el contraamaestre—. Pero te daré un trago de ron, si quieres.

—Debo contarte—dijo Keawe— que el hombre que posea esa botella se irá al infierno.

⁹⁸ El **ron** es una bebida alcohólica obtenida por fermentación de la caña de azúcar.

⁹⁹ Una **cabilla** es una barra redonda de hierro, de seis a ocho centímetros de grueso, que se usa en la construcción de barcos.

¹⁰⁰ Alguien anda **trastabillando** cuando avanza tambaleándose y a los tropezones.

–Me figuro que de todas maneras me iré allí –respondió el marinero–, y esta botella es lo mejor que me he encontrado para llevarme. ¡No, caballero! –volvió a gritar–. Esta botella ahora es mía y tú te puedes ir a pescar otra por ahí.

–¿Puede ser verdad? –exclamó Keawe–. ¡Por tu propio bien, te lo suplico, véndemela!

–Me importa un comino lo que digas –replicó el contramaestre–. Te creíste que yo era un tonto. Ahora ves que no lo soy... y se terminó. Si no vas a tomar un trago de ron, me lo tomaré yo. ¡A tu salud! ¡Y si te he visto, no me acuerdo!

Entonces se marchó bajando por la avenida hacia la ciudad. Y con él se va de este relato la botella.

Pero Keawe corrió hacia Kokua ligero como el viento. Y grande fue su felicidad esa noche. Y grande, desde entonces, fue la paz de todos sus días en la Casa Brillante.

